

El Demócrata

DIARIO DE LA TARDE

Año II

MURCIA.-Miércoles 11 de Septiembre de 1907

Núm. 321

Pesimismo, no optimismo

Los rumores optimistas, como hijos del sueño de algún corresponsal, se desvanecen con la misma facilidad que adquirieron nombradía en varias horas. Cuanto respecto a dicho asunto se lleva asegurado, ahora, frente a la brutal razón de los hechos, cae por su base, llevándose en el derrumbamiento muchas ilusiones y confianzas, muchas ensañaciones que no tenían como cimientos más que las miserables inexactitudes de las informaciones telegráficas. La realidad es muy otra a la revelada en telegramas y nadie puede cambiarla porque si, sin que el cambio se fundamente en cualquier secreto acuerdo llevado a efecto entre los Kaid de las Kábilas. Para que los sucesos se realizaran de otra manera sería necesario que los acontecimientos ocurrieran en sentido diferente, agotando en dos semanas las energías de los revoltosos que rodean a Casablanca.

La sorpresa que produjo en los primeros momentos la noticia del armisticio, se explica y comprende con entera claridad, porque, aunque algunos valentones irreflexivos proclamaban las excelencias de la guerra, casi todo el mundo estaba y está conforme en que es una solemne barbaridad, un absurdo de esos que cuestan caros y que perjudican en vez de beneficiar. En la situación en que nos hallamos con respecto a Marruecos, sin guerras, sin violencias, sin ayudas extranjeras adelantamos más que con ellas, pues nuestro nombre en el imperio mogrebino está asentado sobre columnas sólidas, sobre hechos que forman una especie de leyenda para los moros y que les obliga a respetarnos, como se ha visto en esta guerra en cincuenta días tintas ocasiones.

Cuando la grata nueva del cese de las hostilidades se extendió y el famoso Ministro de la Gobernación Sr. Lacierva se calló prudentemente, hubo motivos más que fundados para dudar de su exactitud. Poco después, en aclaraciones telegráficas, se volvió la verdad a su lugar, confesándose que todo podía haber pasado muy bien; más que era falso, sin embargo. Aunque no imposible la noticia, cuando se extendió era todavía muy prematura; las hostilidades, por los afanes, ira y fanatismos moros, no pueden cesar tan repentinamente; antes se necesitan varias derrotas más, algunas horribles matanzas nuevas.

Toda la satisfacción que se podía emplear en celebrar la falsa nueva, hay que guardarla para mejor ocasión, para momento más oportuno. Por ahora no existen motivos de júbilo ni señales para ello; como no varien los acontecimientos repentinamente, sospechamos que tampoco en mucho tiempo los habrá, porque las cosas se empeoran en vez de mejorar. Lo mejor que podíamos hacer es desear que nuestro gobierno no cumpla tonterías y nos deje salir en bien del lío, en que una ridiculez de Francia nos ha metido. Lo demás, sobre ser tonto, puede costarnos grandes disgustos.

PLUMAZOS

La viga en el ageno...

Los franceses se burlan muy donosamente del bienaventurado servicio español de policía. Gustosos de emplear en tales dulces tareas los ratos de ocio que les deja libre el estudio de la cuestión de Marruecos, apenas si se percatan de que estamos demasiado atentos a cosas más importantes que la de hacerles caso para gastar el tiempo en admirar su fina ironía. Sabedores tanto ó más que los españoles de todas esas fugas y algaradas ocurridas en nuestros establecimientos penitenciarios, aprovechan la ocasión presente para demostrarnos por centésima vez su superioridad manifiesta y no atienden a otra cosa. Verdad es también que es lo que quieren.

España, que fué siempre un país de ladrones y de asesinos, ha progresado mucho según ellos desde cuando emplearon últimamente el «España sigue siendo España». Ahora tenemos, además de esos simpáticos mantenedores del carácter nacional, políticos tan rematadamente malos como los de Marruecos ó peores aún.

¿Porqué? Por nada; por que sí... Para ellos hubo en nosotros y en todo tiempo, dos corrientes contrarias que, según el estado de ánimo en que nos encontramos, nos llevó a hacer el bien ó el mal. Así, ó nos dió por ser ladrones con miras á asesinos, ó nos decidimos á ser políticos; costas en que, según nuestros nunca bien alabados vecinos de ultra los Pirineos, se resume todo lo bueno ó lo malo que pueda hacer un español genuinamente español. Y ahora somos lo mismo, exceptuando una pequeña variación en el estudio acerca de nuestras inclinaciones: el que no sirve ni para político ni ladrón, se hace guardian del orden. De ahí que no tengamos ni políticos ni políticos y solamente ladrones y asesinos, aunque en algo poco merecedores á título tan pomposo.

Y lo peor es que tienen razón. Pero si á los españoles nos diera por recordarles los 60 crímenes diarios que se cometen en París, y las pesquisas que inútilmente hace la policía para descubrir á los autores de la mitad de ellos, y para final les demostráramos con hechos que sus políticos están á la misma altura que los nuestros, ¿qué dirían?... Por que también tendríamos razón...

NAZARIN.

Crónica

En los niños de antaño...

Somos de tan buena condición, poseemos hasta tal punto un exacto concepto de la realidad, que jamás logramos hermanar equitativamente nuestros pensamientos con los hechos. Ideas que en un principio resultan simpáticas, con la costumbre de echarlo todo á perder, se convierten en desdichadas futesas, descabelladas á fuerza de inverosímiles; y resulta de semejante anomalía, que casi siempre, aun en las cosas de más empeño, ejecutamos lo contrario de lo que debíamos hacer.

A pesar de lo que se asegura, la sangre levantisca y retonzona de nuestros antepasados aún no ha desaparecido de entre nosotros, revelándose en cuantas empresas intentamos llevar á cabo. A la hora de ahora, sin ir más lejos, confesando la inutilidad de los esfuerzos, nos empeñamos en una labor improductiva, en una tarea que sólo disgustos puede producirnos. Y por toda justificación, por suprema razón del despropósito, encubrimos la magnitud del error con la capa de una obediencia pasiva, detrás de la cual se adivinan muchas cosas que mañana habrán de producirnos hondo y justificado descontento.

La época bazuñera en que una parte del país reclamaba la realización de cosas que empobrecían á la otra, ha pasado para no volver, porque no en vano el progreso comenzó á llamar á nuestras puertas. Hoy día, pese al apoteagma latino, la dureza de las leyes no se justifica con la legalización de las mismas; lo menos que puede exigirse á un proyecto para ser acatado, es que no aberroje la libertad de nadie; y cuando se olvida esto, el número, supremo é inapelable tribunal del pueblo, hace ver que por encima de una ley legislada está otra sentida, y que sobre el gobernante está la nación.

El país, dormido á la sombra de su mala ventura, no puede ser entregado de gorja, como por burla, á las asechanzas imprevisibles de lo futuro. Todo hecho tiene su explicación, todo raciocinio su fundamento, toda causa su efecto, y este no va á ser menos. Para mezclarlo en aventuras de resultados dudosos, para intrusarlo operativamente en asuntos de génesis delicada, ante todo y sobre todo se necesita alguna razón fundamental, incontrovertible, algún basamento que evidencie de manera clara y terminante la absoluta necesidad de arrostrar á pecho descubierta las resultancias de una aventura que pueda dar ó quitar nombradía.

Nadie que medianamente piense las cosas se dejará llevar por ese fatal espejismo que tantas veces nos produjo engaños dolorosos; la experiencia, cariñosa amiga que siempre nos alienta en los momentos de abatimiento, nos ha dicho y cuánto podemos aguardar de ese absurdo compromiso creado por la ambición francesa; proseguir soñando á la española—como dijo Gautier—es continuar imaginando que vivimos «realmente».

En el día, si triunfa lo descabellado, si vence lo absurdo, se derroca el castillo de ilusiones que levantamos sobre un montón de cenizas en un momento de sinceridad, en un rato de franqueza inapreciable. Poner lo cierto á lo dudoso, hágase con el

fin que se hiciere, más es empresa de hombres locos que no de cuerdos. «En los nidos de antaño no hay pájaros hogaño»—dijo D. Quijote al tornar á la vida de la razón;—en los nidos de antaño—digamos nosotros tristemente—sí hay pájaros hogaño...

RODRIGO DE VIVERO.

Información especial

LOS PIGMEOS

Los geógrafos no han encontrados el país de Liliput á donde llegó en sus viajes el famoso Gullivet; pero, al menos, han hallado en el corazón del continente africano un país donde los buenos mozos apenas alcanzan tres pies de estatura.

No hace mucho tiempo el pueblo de Londres pudo ver algunos de estos pigmeos allí llevados por viajeros que habían logrado penetrar en los territorios del centro de Africa donde aquellos habitan. De este modo se evidenció que no era fantasía ni exageración lo dicho respecto á estos hombres diminutos.

Otro viajero que recientemente ha visitado á éstos en los bosques donde moran, ha sido el comandante inglés Powell-Cotton, quien, acompañado de su esposa, han permanecido diez meses entre los pigmeos en la gran selva de Ituri.

El 23 de Junio dió el citado Powell-Cotton una interesante conferencia en la Sociedad Africanista de Londres, refiriendo muchos detalles curiosos acerca de la vida y costumbres de los referidos pigmeos.

Cuenta el viajero inglés que, al principio, encontró gran dificultad en entrar en relaciones con ellos, pues huían de la presencia de los blancos, refugiándose en lo más intrincado de sus bosques. El motivo, según se supo después, era que sabiendo que hace unos dos años otra partida de blancos se había llevado á su remotísimo país unos cuantos pigmeos y éstos no habían vuelto, temían que todos ellos iban poco á poco á ser expatriados y reducidos á la esclavitud.

Si embargo, cuando á fuerza de paciencia y habilidad pudo el comandante Powell-Cotton hacerles comprender cuán diferentes eran sus intenciones, cobraron confianza y llegaron á tratar muy familiarmente al viajero inglés y á su esposa, que era la primer mujer blanca que habían visto.

Los pigmeos viven en grupos aislados, constituidos cada uno por diez y seis ó diez y ocho familias. No cultivan la tierra, pues consideran esto una obra muy superior á su capacidad y á sus fuerzas. En cambio no tienen rival para descubrir las huellas de la caza y para trepar por los árboles. En realidad trepan y saltan de rama en rama con la misma agilidad que los monos.

Cuando un pigmeo no está cazando, ó buscando miel entre los troncos, ó cogiendo frutos de los árboles, está durmiendo ó bailando. El baile es su diversión favorita y en ella le acompañan las mujeres y los niños. Las mujeres danzan con sus pequeños arrollados á la cintura, sin que eso parezca estorbarles en lo más mínimo sus movimientos, y éstos agradan tanto á los bebés como el mecido de la cuna á los niños europeos.

Antes de llegar á la gran selva de Ituri le habían dicho al comandante Powell-Cotton, que los pigmeos no creían en la existencia de altos espíritus, buenos ó malos, que rigieran los destinos de los seres vivientes; pero en los diez meses de permanencia entre ellos, el viajero inglés se ha podido convencer de lo contrario.

Los pigmeos no guardan prácticas religiosas, pero tienen idea de un ser superior que los protege y otro que los persigue. El primero hace que salga el sol y que los árboles crezcan y den frutos, y es el que produce las tempestades y los rayos que incendian la selva.

El comandante Powell-Cotton ilustró su conferencia con numerosas proyecciones fotográficas, de modo que su auditorio en Londres pudo contemplar, como en plena realidad, muchas de las escenas de la vida de los pigmeos en el seno de los bosques vírgenes donde habitan.

X.

ANTE EL CLAVE

Estaba el clave abierto y su mano vagaba por las teclas. Cantaba á media voz una balada

melancólica y vieja, y en mi cerebro, graves y sombrías, cruzaban lentamente mis ideas.

De la triste sonata el apagado y quejumbroso acento parecía llenar la estancia aquella de un suave olor de incienso, como hálitos de vidas que pasaran flotando vagamente en los arpegios.

Era la melodía el ensueño de un músico poeta, inspirada una noche de verano, azul y somnolienta, por el triste recuerdo de una ingrata que olvidó sus románticas promesas.

Halagaba á mi espíritu el quejumbroso son de la balada; yo sentía del músico las íntimas amorosas nostalgias, y fueren despertándose mis sueños en el obscuro fondo de mi alma.

Entornando los párpados, ví girar las quimeras de ese mundo que en lo mas hondo de mi mente llevo.

Resplandores confusos y jirones de sombra que en mi alma difunden la tristeza del crepúsculo.

Es la luz de un recuerdo, que en el altar del alma nunca muere; es una extraña música que sólo mi corazón comprende; una voz que me dice que mi anhelo está tras las fronteras de la muerte.

Terminó la balada, las notas en el clave se apagaron, un solemne silencio religioso se espació por los ámbitos y mis ensueños graves y sombríos al fondo de mi mente se tornaron.

—¿Duermes?—mi amada dijo con dulce acento de amistosa burla. —Duermo, sí—la repuse,—duermo al suave arrullo de la música. y tanto me acarician estos sueños que no quisiera despertarme nunca.

Acercóse á mi lado, y—cuéntame tus sueños—sonriente; con infantil curiosidad me dijo.

La miré espacio breve; y murmuré sombrío y envidioso: —¡Son muy tristes y tu no los comprendes!

EMILIO CARRERE.

En la colonia

San Fulgencio

Empieza á amanecer; la sonrisa de la Aurora que despierta perezosa batiendo sus blancas alas, se dibuja en el Oriente.

Los niños ya están dispuestos para la marcha; se prepara una gran excursión, que todos desean; la subida al castillo del puerto, que se divisa en la cúspide de un monte allísimos.

Dos prácticos de estas sierras nos acompañan. Acaban de dar las cinco de la mañana; suena la bocina anunciando la salida, y emprendemos la marcha en medio del mayor regocijo.

Tomamos por camino, la rambla que yace tendida tras de la casa, andando un gran trecho, durante el cual los niños corren saltando el arroyuelo que filtra su cristalina agua entre la fina arena.

Llegamos á la falda de una montaña pendiente y resbaladiza; allí nace una senda estrecha, tortuosa, casi borrada por el tiempo y la inacción; una senda que se pierde formando caprichosas culebrinas, y que es la que ha de conducirnos á aquel castillo que miramos tan alto, que parece que se junta con el cielo.

Uno de los guías emprende la ascensión marchando á la cabeza é indicándonos el camino; mas pronto es adelantado por los niños, que trepan en cordón por la árida montaña, devorando el terreno que se presenta cada vez con más pendiente. Pero ellos no desmayan; acostumbrados al ejercicio activo, corren infatigables; con un solo deseo, llegar al fin.

Llevamos una hora de marcha. La alta montaña, vá quedando bajo nuestros pies, la cúspide está próxima, los muros del castillo se ven encima de nuestras cabezas; un poco más, y habremos llegado al fin de nuestra jornada; los niños no descansan; ya estamos al pie de un gran peñasco que tiene el elevado monte por corona, y sobre el cual se divisan los muros de la antigua fortaleza. Miramos al barranco, que ha quedado tan hondo, que ofrece

á nuestra vista los horrores del profundo abismo.

Seguimos ascendiendo. Un jural... general sale de todos los pechos, rompiendo la quietud y silencio que allí impera. Hemos llegado.

—¡Qué hermoso panorama se ofrece ante nuestra vista asombrada!—Estamos sobre una de las sierras más elevadas, desde donde se contempla una inmensidad de terreno compuesto con estensísimas llanuras y altas montañas, aunque no tanto como la que tenemos bajo nuestras plantas.

Tendemos la vista. Ante ella se presentan, Murcia con su hermosa y extensa buelta de belleza exuberante, semeñando su verde oscuro á una gran alfombra del mismo color, y la multitud de casitas blancas que se encuentran esparcidas, á una bandada de palomas, que descendiendo del cielo hubiera elegido esa frondosa vega para sentar en ella sus reales.

Enlazados en abrazo fraternal con esa fértil llanura, se ven los pueblos de Santomera, Monteagudo, Espinardo, Alberca, Palmar, Aljucer, Era-alta, Nonduermas, Alcantarilla, Javalí (viejo y nuevo), Molina, Orihuela...

Sigue la vista girando, y ante ella aparecen Librilla, Sangonera, Los Martínez, Pozo Estrecho, La Palma, La Unión... y formando cordilleras ó elevándose majestuosas como mudos guardianes se destacan las sierras de Orihuela, de la Pila, de Peñas Negras, del Puerto, de Cresta del Gallo, de la Cruz del Miravete, de Corvera, de Mazarrón, del Cabezo Gordo, de Cartagena... y lejos, más lejos, la Isla de Escobreras, sobre las plateadas aguas del Mediterráneo; el Mar Menor, sus islas, las torre de Cabo Palos...

Los gemelos son arrebatados por los niños, que no se cansan de admirar las grandiosidades con que les brinda la Naturaleza desde el alto observatorio en que se hallan. Sus preguntas se repiten sin cesar; las explicaciones de los guías y profesores, son hermosas lecciones de Geografía é Historia. ¿Qué mejor Geografía que el mapa inmenso que se extiende más de lo que la vista alcanza, que les atrae y entusiasma, y qué mejor lección de Historia que la que sobre un castillo histórico reciben, al contemplar en sus ruinas la pasada fuerza de una generación antigua?

El castillo que es de construcción árabe, no conserva más que los muros y fosos, todo en ruinas.

Una de las cosas que más llama la atención de los exploradores son unas excavaciones recientes, en forma de minados, que ven en el interior del exfuerte. Uno de los guías ha satisfecho la natural curiosidad de los niños. Se trata, según dice, de un tesoro soñado por una anciana, que auxiliada por otros creyentes en él, trataron de encontrar, basta que cansados de trabajar sin conseguir su objeto, desistieron de tan loca empresa.

Son las diez de la mañana, cuando emprendemos el regreso, descendiendo con algún sentimiento, por parte de los niños, que solo se conforman con la promesa de volver á este castillo, donde tan gratamente se han deslizado las horas de la mañana.

EDUARDO PÉREZ.

Puerto de la Cadena, 8 Septiembre 1907.

OBENTO

Trajedia en silencio

Aquella ventana es el nido donde sus amores se ocultaban, deslizándose en un perpetuo idilio. Ella guardaba sus secretos, no como muda testigo, sino como compárticpe, como enebriadora, que callaba todas sus intimidades. Intimidades de novios; risas y besos, y de vez en cuando una lágrima furtiva que se escapaba de sentimientos doloridos.

En la primavera, las flores que la adornaban, ante la ley insprescindible de la vida que en todos sus elementos reacciona, se modifica, buscando nuevas energías, sus capüllos abriéndose, mostraban sus pétalos resplandecientes briosos, en una exuberancia de colores armónicos, en una orgía brillante de luz, de poesía, de belleza, en un himno glorioso de vida floreciente.

El, muchas veces, al contacto de las flores, que derrochaban en vivos aromáticos que absorviéndolos alteraban

